

La existencia del otro

José Heredia Maya

LA EXISTENCIA DEL OTRO

Hará cinco años volvía mi hijo mayor de una guardería de lo más progresible en aquella época de carencias. Dado que los padres eran universitarios, profesores (los PNN de entonces) comprometidos con la conquista de la libertad en cuya oscuridad mi generación había sido educada (ahormada) en una visión integrista, miedosa, poco lúdica, parecía consecuente que buscaran "otra cosa" para sus hijos.

"La letra con sangre entra" y "Quien bien te quiera te hará llorar" rezaban los lemas pedagógicos que mi generación sufrió, de los que se desprendía una maraña de castigos corporales cuya significación última habría que hallarla en alguna literatura de corte freudiano. Esos lemas comportaban una educación que hoy vemos dudosa. Estaba llena de pecados mortales, tantos que la aspiración al paraíso y la felicidad, más parecían pecado de vanidad que humana tendencia.

Pues bien, hará unos veinticinco años mi hijo volvía de la guardería recitando una cancioncilla popular, de las recogidas por Federico García Lorca y cantadas por la Argentinita con el acompañamiento al piano del poeta granadino:

*"Este galapaguito
no tiene mare,
lo parió una gitana,
lo echo a la calle."*

La seguidilla clásica (no seguriya gitana) se confabula aquí de manera perfecta para, en la ternura de una nana, vehicular la advertencia a los niños, ya desde la más tierna infancia, del desapego de los gitanos para con los hijos. Cosa por otra parte totalmente falsa, pero la educación no desatiende los mensajes fundamentales de una cultura, sino antes bien, usa desde el biberón materno los tonos de la música en la rentabilidad del esfuerzo de educar. ¿Se podría deducir de lo dicho que la cultura española en parte se define por ser antigitana?"

De la educación de aquellos años se desprende oscurantismo, arbitrariedad, fanatismo, integrismo y falta absoluta de oxígeno para hablar y conocerse y comunicarse aspiraciones, deseos de justicia, de mejorar el mundo, etcétera. (Estas aspiraciones eran avasalladas por un entramado tupidísimo de convenciones defendiendo el estatus, ese concepto tan deletéreo y, sin embargo, tan contundente y pétreo definidor de ciertas realidades de la España franquista)

La multiculturalidad desde la visión ajada que del Imperio imposible ("Por el Imperio hacia Dios...") tenía el Dictador muerto en noviembre de 1975, parecía una polilla voraz carcomiendo los cimientos del preclaro linaje español; el rechazo que provocaba era similar al provocado por los masones y comunistas, que en cierto modo venían a ser del mismo planeta, del de los diferentes y por ello perniciosos. Lo diferente culturalmente entonces, los gitanos, estaban a buen recaudo con las órdenes cursadas a la Guardia Civil, trasuntas de las pragmáticas y leyes tendentes al exterminio que se iniciaron en 1499: "Se vigilará escrupulosamente a los gitanos, cuidando de reconocer sus señas particulares, su modo de vivir y cuanto conduzca a formarse una idea exacta de sus movimientos y ocupaciones",

rezaba un artículo del Cuerpo. A catalanes y vascos, el eterno problema del centralismo, así como a los gallegos y sus correspondientes lenguas se les negaba la existencia, con las consecuencias negativas que para convivir supone la inexistencia por decreto.

Aquella nana hoy la canta Carmen Linares y con sólo el cambio de una palabra ha quedado para ser usada en estos momentos.

*“Este galapaguito
no tiene mare,
lo parió una serrana,
lo echo a la calle.”*

La sustitución de gitana por serrana (Nótese la semejanza musical procedente de la rima en consonante de esa dos palabras trisílabas. En otro contexto, cabría referirse a la serrana en la literatura con expresa mención al Marqués de Santillana, etcétera) nos devuelve un breve texto limpio en parte de malos virus. Y parece bueno este apaleamiento de la tradición recibida porque el efecto pernicioso durante generaciones crea hábito, prejuicio y, en consecuencia, se produce un estado de amodorramiento y de pereza mental, que explica que el equipo pedagógico progre hubiera pasado por alto, inconscientemente, este matiz de la significación. Y es fácil entender que el equipo mismo operara desde la enfermedad de la exclusión amamantada en las ubres de la tradición familiar, social, política y legal de aquellos años oscuros, tan recientes por otra parte.

La educación me parece a mí un proceso que se inicia desde antes de nacer y que se dilata hasta la muerte. En este proceso se implica: A) La familia, aportando sobretodo los contenidos anímicos y afectivos y llenando el pozo del subconsciente de ciertas glorias, retraimientos y pesadillas. B) El poder político que define tanto el marco como el contenido ideológico espolvorea de monstruos y contradicciones surrealistas las pesadillas. C) Y el ambiente social con sus noveleras fluctuaciones imprevisibles, al alcance de ser manejadas por líderes carentes de escrúpulos.

Mi generación fue educada en la xenofobia. La aspiración de evitar la diferencia, lo otro, lo desconocido, arramblaba por igual con la libertad de expresión como con la libertad de religión y, a la vez, acentuaba con patrañas rencorosas el miedo a lo diferente.

El análisis de lo diferente hasta ahora parece producto de una valentía que pocos han soportado serenamente. Sustituir el esfuerzo del análisis sin trucos por una palabra mágica portadora de un turbión semántico negativo, informe, ha sido rentable desde el punto de vista del perezoso atrincherado en la comodidad demagógica de la oposición bueno/malo. Y ese turbión de negatividad amoldable a cualquier situación o circunstancia en la España franquista lo constituían los gitanos, ya que no había otras diferencias más que la chueta en Baleares y las nacionalistas en una cultura pelayista, monolítica y dictatorial. Contra estos diferentes toda estulticia aplicada parecía poca.

La diferencia no era bien vista. En los años sesenta del siglo que acaba de terminar, cuando yo empecé a estudiar en calidad de alumno libre, no parecía normal ni lógico que un gitano fuera inteligente para los estudios, y es que había

que romper con una tradición perteneciente por igual a la cultura omnisciente como a la maltrecha cultura de la minoría: Los gitanos no pueden estudiar ni acceder al *mundo* del pensamiento y de la cultura, pues no tienen capacidad para ello (Jorge Borow, en el siglo XIX todavía creía conveniente aclarar: "no cabe duda de que los gitanos tienen alma"). Su cabeza solo se organiza, decían de forma oral o por escrito, para hurtar y ser maléfico s por el placer diabólico de hacer el mal. Abandonan a sus hijos como se dice en la seguidilla citada, se comen a los niños crudos y tienen hecho pacto de colaboración con el diablo.

La negación del Otro causa un efecto imprevisible. El efecto alcanza su máxima profundidad cuando deviene en parálisis para convivir, porque esta parálisis se multiplica a cada generación hasta asentarse, con el tiempo, sin remordimientos, en el interior. ¿Qué Otro puede leer, interpretar y oponerse a la aceptación de lo ya constitutivo e instintivo, esa viscosa argamasa, del grupo?

Dicho interrogativamente: ¿Si a los gitanos se le impedía el acceso a la educación y a la Universidad, si el objetivo de la sociedad mayoritaria tendía al exterminio, no sólo culturalmente, o a tenerlos como esclavos o reserva de galeotes para las necesidades de la armada, qué cuido proyectar en la expresión y manifestación contra el Otro?

Permítanme ahora que recuerde otra letra popular y flamenca:

*¡Dios mío qué será esto!
Ni frío ni calentura,
de pena me estoy muriendo.*

Los tres acto sílabas forman al rimar en asonante el primer y el tercer verso lo que en métrica conocemos como soleá. Y ésta clásica estructura popular en boca de cantaores y cantaoras se expresa así por bulerías:

*¡Ay, Dios mío qué será esto!
Que ni frío ni calentura,
que de penita me estoy muriendo.*

Este texto lírico, literatura y música, hay que interpretarlo como visto por el que sufre la imposibilidad de la convivencia. Sin enfermedad manifiesta y conocida, en una normalidad térmica, se está muriendo, sin embargo, de pena y desamparo. Es la Historia contada y reproducida en instituciones educativas y académicas, vista y percibida desde la vivencia del que la sufre, y ese sufrir continuado durante siglos conforma otra forma de búsqueda de la felicidad. El flamenco, no hay que aclarar que los términos gitano y flamenco son sinónimos, nacido en la marginación, se define por esta temática que también (y ¡tan bien!) expresa la siguiente estrofa - poema:

*Tengo una deuda con Dios
que los golpes que me han dao
no me los merezco yo.*

Entre la seguidilla y las dos soleares se dan dos sensibilidades opuestas. Entre los golpes recibidos es fácil situar la seguidilla en su versión más

primitiva, portadora de una acusación falsa. El problema no es sino cuando la falsedad y la injusticia se reafirman como hecho cotidiano. Entonces, se puede producir impotencia del yo (personal o colectivo minoritario), rodeado por una inmensa jauría hostigadora. Una impotencia mineral constitutiva de desencuentros alquímicos derivase de las acciones prepotentes ejercidas durante siglos.

La multiculturalidad estaba prohibida en la España franquista bajo la que transcurrió la primera mitad de la vida de los que nacimos en torno a la mitad del siglo pasado y esa prohibición de la diferencia, causa y efecto de la miseria física y espiritual que se enseñoreaba en los primeros decenios de la Dictadura, situaba a España como origen de desbandadas migratorias tan importantes como que había millones de compatriotas sufriendo la separación de sus familias en condiciones infrahumanas. Dentro del país la diferencia se penaba muy duramente.

Resumiendo: La España de mi juventud estaba encerrada en sus fronteras, desbordadas por los Pirineos de emigrantes hacia Europa. Hoy es, 25 años después, sin embargo, un país receptor de emigrantes. Y los emigrantes hoy viajan con escuálidas valijas personales, igual entonces los españoles que llenaban la estación de Colonia en Alemania, pero ni aquellos ni estos emigrantes se movían con el pensamiento en blanco sino con la cabeza bien llena de emociones, de afectos y con la conciencia de la vida desde una lengua y una cultura diferentes. Eso es lo que empieza a ser visible ahora en España, la diferencia. Y problemático porque afecta a todos los ámbitos: a la literatura, a la historia, al mundo de la economía o al de la judicatura. Veamos como analiza el magistrado Carlos Gómez Martínez la representación alegó rica de la justicia, esa "joven de rara belleza que detenta una balanza en una mano y la espada en la otra, y cuyos ojos aparecen tapados por una venda. El significado de este último símbolo es evidente: el juez no debe ver, para que de esta manera, su decisión sea imparcial", dice Carlos Navarro en el número dos de la revista La mirada limpia o la existencia del otro, y continúa: "En la iconografía tradicional, el juez no tiene mirada. Pero ¿es la ceguera la actitud más adecuada para abordar temas relacionados con la diferencia cultural? (...) Más adecuado parece intentar que el juez se quite la venda de los ojos, que abandone cualquier tentación de hacer la política del avestruz y que sea consciente de la realidad multicultural en la que vive, de que su cultura es una entre las muchas que conviven en el mismo espacio público; así, al menos, contemplará a los grupos con diferente cultura, historia e identidad con mirada tolerante, minimizando el riesgo de que, al tomar una decisión, se limite a la mera traspolación de categorías internas preasumidas; es decir, de pre-juicios".

Carlos Gómez Martínez, director de la Escuela Judicial, sigue razonando con las neuronas puestas en el futuro, último escalón, siempre, de la visión sucesiva de la historia. Rompe con la rutina filosófica del símbolo incuestionable, para decir desde la realidad presente cosas con la coherencia limpia que demandan estos tiempos.

Otro ejemplo, la multiculturalidad imparable afecta al campo de la literatura. Ya hay lectores como el Catedrático de Didáctica de la Literatura de la Universidad de A Coruña, Alfredo Rodríguez López-Vázquez, que empiezan a analizar la literatura clásica española desde el contenido y no sólo desde la forma y desde esta posición de comprensión total de la obra, las excelencias de la literatura del Siglo de Oro no se ve disminuida, pero sí necesitada de la reafirmación de los lectores de hoy, a los que ofende la consideración de la mujer como la fuente de

todo engaño y de todos los males del varón, como ofende a la inteligencia la xenofobia o la violencia social, tan ardorosamente defendidas por autores de aquellos siglos.

José Heredia Maya

Publicado en la revista LA MIRADA LIMPIA en su nº 3 de Octubre de 2001